



GUERRA DE GUERRILLAS

JUNTA INTERAMERICANA DE DEFENSA

El presente trabajo es la traducción de un apunte confeccionado en Fort Bragg, North Carolina (U.S.A.) donde se desarrollan cursos sobre el tema y conocido como **Appendix I, Guerrilla Tactics. SF6A903.**

En la edición 1959 de la Enciclopedia Británica el estudio se halla inserto en el volumen 10, páginas 950,953.

El muy conocido T. E. Lawrence es el autor de la parte concerniente a la Revuelta Árabe (hasta la II Guerra Mundial exclusive).

Lo inserto bajo el título de Segunda Guerra Mundial lo firma el Coronel B. R. Lewis del Ejército de los Estados Unidos.

Las conclusiones han sido extraídas por el Sr. Fitzroy MacLean, miembro del Parlamento de Lancaster, Inglaterra.

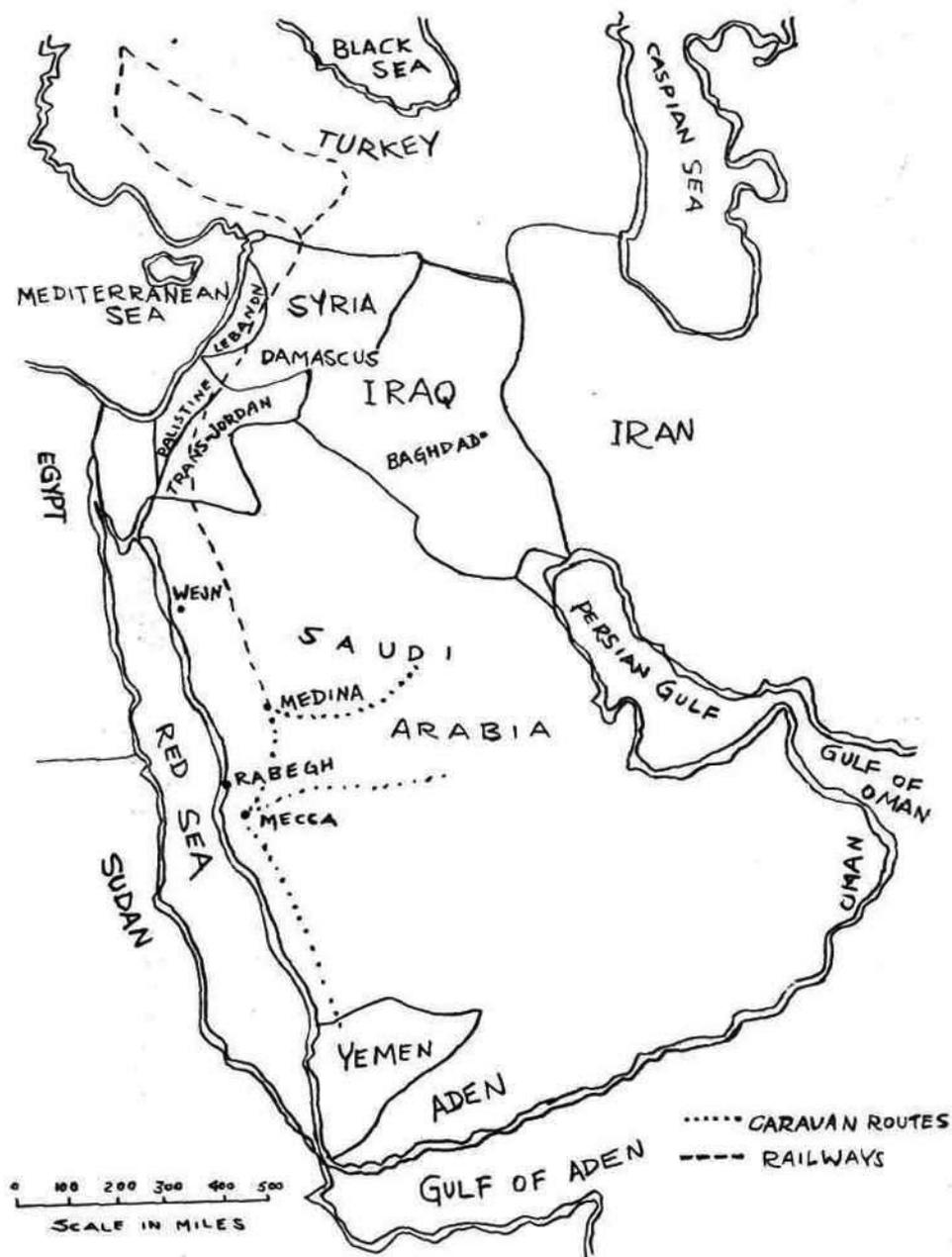
El mapa adjunto figura en los apuntes entregados pero no en la Enciclopedia Británica.

El presente estudio de la ciencia de la guerra de guerrillas, o guerra irregular, se basa en la experiencia concreta de la revuelta árabe contra los turcos ocurrida en 1916-1918. Pero el hecho histórico adquiere a su vez valor, debido a que se desarrolló teniendo como guía la aplicación práctica de las teorías aquí enunciadas.

La REVUELTA ARABE se inició en junio de 1916, con el ataque de las tribus inexpertas y semi-armadas contra las guarniciones turcas de Medina y los alrededores de Meca. El encuentro no tuvo éxito y luego de unos pocos días de esfuerzo, las fuerzas rebeldes se retiraron para quedar fuera de alcance e iniciar un bloqueo. Este método obligó el rendimiento prematuro de Meca, que era el más remoto de los dos puntos. Como Medina tenía comunicaciones ferroviarias con el

ejército turco principal de Siria, los turcos pudieron reforzar esa guarnición. Las fuerzas árabes que la atacaron debieron retirarse gradualmente, ofreciendo sucesivas resistencias "a caballo" de la ruta principal a la Meca.

A esta altura la campaña se suspendió durante varias semanas; los turcos se prepararon para enviar una fuerza expedicionaria a Meca para poner fin a la revuelta en su propio foco y, por consiguiente, enviaron un cuerpo de ejército a Medina por ferrocarril. Luego comenzaron a avanzar por la ruta occidental principal desde Medina hacia Meca, una distancia de aproximadamente 250 millas. Las primeras 50 millas resultaron fáciles, luego venía un trecho de colinas, de 20 millas de ancho, donde las tribus árabes de Feisal se encontraban a la



defensiva; más adelante un tramo a nivel, de unas 70 millas, costeano la llanura que conduce a Rabegh, y que estaba a algo más de la mitad de camino. Rabegh es un pequeño puerto del Mar Rojo con buenos amarraderos para buques, y considerado por su posición como la llave a la Meca. Allí se encontraba Sherif Ali, hermano mayor de Feisal, con más fuerzas de su tribu, y con lo que eran los comienzos de un ejército regular árabe, constituido por oficiales y hombres de sangre árabe que habían prestado servicios en el Ejército turco. Como era casi inevitable, en vista del curso general del pensamiento militar desde la época de Napoleón, los soldados de todos los países consideraban que únicamente el militar profesional podía ganar la guerra. La opinión militar estaba obsesionada con el dictado de Foch de que la ética de la guerra moderna era buscar el ejército del enemigo, su centro de poder, y destruirlo en la batalla. Los soldados irregulares no atacaban posiciones, por lo tanto se los consideraba incapaces para imponer una decisión.

Mientras se continuaba adiestrando a estos árabes regulares, los turcos iniciaron repentinamente su avance hacia Meca. Irrumpieron por las colinas en 24 horas, demostrando así el segundo teorema de la guerra irregular, es decir que las tropas irregulares son tan incapaces de defender un punto o una posición como lo son de atacarlos. Esta lección no fue recibida con gratitud porque el éxito turco colocó en situación crítica a las fuerzas de Rabegh que no eran capaces de rechazar el ataque de un solo batallón y mucho menos de todo un cuerpo.

El autor pensó que en esta emergencia quizá la virtud de los irregulares residía en la profundidad y no en el frente, y que la amenaza de ataque contra el flanco norte de los turcos fue lo que hizo que el enemigo titu-

bease tanto tiempo. El verdadero flanco turco se extendía desde su frente de batalla hasta Medina, una distancia de unas 50 millas; pero si la fuerza árabe se dirigía hacia el ferrocarril de Hejaz, detrás de Medina, podía extender su amenaza (y, por consiguiente, el flanco enemigo) quizá hasta Damasco, 800 millas hacia el norte. Una acción semejante obligaría a los turcos a colocarse en la defensiva, devolviendo así la iniciativa a la fuerza árabe. De todas maneras, esta parecía ser la única probabilidad y por ello en enero de 1917, las tribus de Feisal abandonaron Meca, Rabegh y a los turcos, y se dirigieron 200 millas al norte, hacia Wejh.

Esta acción excéntrica tuvo el efecto de un sortilegio. Los árabes no hicieron nada concreto pero su marcha hizo que los turcos (que ya estaban casi en Rabegh) retornasen a Medina. Allí, la mitad de la fuerza turca se atrincheró en la ciudad, posición que mantuvo hasta después del Armisticio. La otra mitad se distribuyó en la línea ferroviaria para defenderla contra la amenaza árabe. Mientras duró la guerra los turcos se mantuvieron a la defensiva y las tribus árabes obtuvieron ventaja tras ventaja y, al firmarse la paz, tenían 35.000 prisioneros, habían muerto, herido y desgastado otro tanto y ocupaban 100.000 millas cuadradas de territorio enemigo con escasas pérdidas por su parte. No obstante, a pesar de que Wejh fue el punto decisivo, aún no se había comprendido su significado. Por el momento ese movimiento era considerado como una acción preliminar para destruir el ferrocarril a fin de tomar Medina, principal cuartel y guarnición de los turcos.

Estrategia y tácticas.

Sin embargo, el autor, desafortunadamente, dirigía la campaña en la medida que le parecía y como carecía de adiestramiento en comando trató de

buscar una ecuación inmediata entre el estudio pasado de la teoría militar y la acción presente -como guía y base intelectual para la acción futura. Los libros de texto daban como objetivo de la guerra "la destrucción de las fuerzas organizadas del enemigo" "mediante un proceso de batalla". La victoria se compraba únicamente al precio de la sangre. Esto era un concepto difícil puesto que los árabes no tenían fuerzas organizadas, de manera que un Foch turco no tendría objeto; y como los árabes no soportarían bajas, un Clausewitz árabe no podría pagar el precio de la victoria. Estos textos llenos de sabiduría debían expresar metáforas puesto que los árabes estaban sin duda, ganando la guerra y posteriormente las evidencias demostraron que en verdad la ganaron. Ocupaban el 99 por ciento de Hejaz. Los turcos ocupaban el 1 por ciento restante hasta que la paz, o el día del juicio final, les demostrasen la futilidad de mantener esperanzas. Esa parte de la guerra había concluido, de manera que ¿para qué preocuparse por Medina? Los turcos permanecieron allí a la defensiva, inmóviles, alimentándose con los animales que debían haber utilizado como transporte para dirigirse a la Meca, pero para los cuales no había forraje dentro de sus actuales límites restringidos. Allí permanecieron inofensivos; si se los tomaba prisioneros significarían gastos de alimentación y guardias en Egipto; si se los corría hacia el norte, en dirección a Siria, se unirían al ejército principal que bloqueaba a los británicos en Sinaí. Bajo todo punto de vista estaban mejor en ese lugar, le daban valor a Medina y deseaban retenerla. Pues que en buena hora la retuviesen.

Esto parecía diferente del ritual de guerra predicado por Foch y aparentemente había una diferencia de tipo. Foch calificó de "absoluta" la guerra moderna. En ella, dos naciones que pro-

fesaban filosofías incompatibles se disponían a disputarlas a la luz de la fuerza. Una lucha por dos principios inmateriales solo podía concluir cuando a uno de los contrincantes se le terminasen los medios de resistencia. Una opinión se puede debatir, pero una convicción se debe eliminar. El fin lógico de una guerra de creencias es la destrucción final de una de ellas, y Salambo el ejemplo clásico de la literatura al respecto. Estos fueron los lineamientos de la lucha entre Francia y Alemania, pero no quizá entre Alemania e Inglaterra, puesto que todos los esfuerzos para que el soldado británico odiase al enemigo lograron únicamente que odiase la guerra; a más de este podían proclamarse otros ejemplos, tal como los citó Clausewitz, guerras personales por razones de dinastía, guerras costosas por razones de partidos, guerras comerciales por razones de intercambios.

Ahora bien, el objetivo árabe era, sin duda alguna, de carácter geográfico: ocupar todos los países de Asia de habla árabe; para lograrlo se podían matar turcos pero, no obstante, "matar turcos" jamás sería una excusa o un objetivo. Si los turcos abandonaban esas tierras pacíficamente la guerra concluiría. Si permanecían había que echarlos, pero al menor precio posible, puesto que los árabes luchaban por la libertad, placer del que solo podía gozar el hombre con vida. La tarea siguiente fue analizar el proceso, tanto desde el punto de vista de la estrategia: del objetivo de la guerra, de la consideración sinóptica que juzga la unidad analizando el desarrollo del conjunto, como desde el punto de vista táctico: los medios para lograr el fin estratégico y las etapas a seguir. En ambos casos se encontraron elementos idénticos, uno algebraico, otro biológico, un tercero psicológico. El primero parecía ciencia pura, sujeto a las leyes matemáticas, sin el ele-

mento humano. Trataba de invariables conocidas, condiciones fijas, espacio y tiempo, elementos inorgánicos, tales como colinas y climas y líneas ferroviarias, con una humanidad tipo, demasiado grande para considerar la variedad individual, con todos los apoyos artificiales y la amplitud que proporcionaban a nuestras facultades los inventos mecánicos. Era esencialmente una fórmula.

En el caso árabe, el factor algebraico consideraría primero la región a conquistar. Un cálculo aproximado indicaría quizá unas 140.000 millas cuadradas. ¿Cómo podrían defender los turcos toda esa superficie? Sin duda con una trinchera a lo largo de un extremo si el árabe fuese un ejército que atacase con despliegue de estandartes... pero supóngase que constituyese una influencia, algo invulnerable, intangible, sin frente o retaguardia, escurridizo como un gas. Los ejércitos son como las plantas, estáticos en su conjunto, arraigados, alimentados de raíz a cabeza. Parecía que el soldado regular estaba perdido sin un blanco. Se sentía poseedor de la tierra que pisaba y de aquello que tuviese al alcance de su rifle. El próximo paso era calcular cuántos puestos se necesitarían para contener ese ataque en profundidad, luchando contra la sedición en cada una de las 100.000 millas cuadradas no ocupadas. Necesitarían un puesto cada cuatro millas cuadradas, y todo puesto no podría contar con menos de 20 hombres. Los turcos necesitarían 600.000 hombres para detener la voluntad adversa combinada de todos los pueblos locales árabes. Contaban con 100.000. Aparentemente en estos cálculos las probabilidades de éxito estaban del lado de los árabes y a ello se podía agregar también clima, ferrocarriles, desiertos y armas técnicas. El turco era estúpido y trataría de solucionar el problema por analogía con la guerra absoluta.

La humanidad en la batalla.

Lo que se ha dicho es suficiente en cuanto al elemento matemático; el segundo factor era biológico, el punto de quebrantamiento, la vida o la muerte, o más apropiadamente, el desgaste humano. Fisiología es la palabra correcta. Los filósofos de la guerra la han convertido en un arte y han elevado una de sus partes, la "efusión de la sangre" a la altura de principio. Se convertía en la humanidad en la batalla, arte que tocaba a todos los aspectos de nuestro ser corporal. Había una línea de variabilidad (el hombre) presente en todos sus cálculos. Sus componentes eran sensibles e ilógicos y los generales se cuidaban mediante la adopción de una reserva, medio significativo de su arte. Goltz había dicho que cuando uno conoce la fuerza del enemigo y éste está totalmente desplegado, se sabe entonces bastante como para no contar con una reserva. Pero esto está presente en la mente del general: e inconscientemente mantiene una reserva. Existe en las tropas un elemento "sentido" que no puede expresarse en cifras y el comandante más hábil es aquel cuyas intuiciones casi siempre se cumplen. Los nueve décimos de las consideraciones tácticas son ciertos y están en los libros; pero el último décimo irracional es como un martín pescador que centellea por toda la pileta y en él es donde se prueban los generales. Solo puede resolverse con el instinto agudizado por el pensamiento a través de la práctica casi constante de asesnar el golpe de manera que cuando llega el momento de crisis la reacción tiene la naturalidad de un reflejo.

Sin embargo, limitar el arte de la humanidad parecía una restricción indebida. Debe aplicarse tanto a la materia orgánica como a la inorgánica. En el ejército turco los materiales eran escasos y precisos y abundaban más los hombres que los equipos. En conse-

cuencia, su objetivo debía ser destruir no el ejército sino los materiales. Era más ventajoso destruir un puente o ferrocarril turcos, ametralladora o cañón, o grandes explosivos, que matar un solo turco. El ejército árabe, en ese preciso momento, cuidaba por igual de sus hombres que de sus materiales; de los hombres porque siendo irregulares no eran unidades, sino individuos, y la baja individual es como tirar un cascote al agua, hace tan sólo un pequeño agujero pero de allí se desprenden y expanden anillos de dolor. El ejército árabe no podía permitirse bajas; era más fácil exponer los materiales. De allí su obligación evidente de hacerse superior en un aspecto, en algodón pólvora o en pistolas automáticas, o lo que fuese más decisivo. Foch había sentido la máxima, aplicándola al hombre, de tener superioridad en el momento y punto críticos del ataque. El ejército árabe podía aplicarla a los materiales y ser superior en equipo en un momento o aspecto culminante.

La mayoría de las guerras son guerras de contacto. Ambas fuerzas luchan por mantenerse al tanto para evitar la sorpresa táctica. La guerra árabe sería una guerra de separación: contener al enemigo mediante la silenciosa amenaza de un vasto y desconocido desierto, sin darse a conocer hasta el momento del ataque. Ese ataque podía ser tan sólo nominal, dirigido contra sus materiales y no contra sus hombres de manera que no se debían buscar su fuerza o su debilidad principales sino sus materiales más accesibles. En la intercepción de ferrocarriles solamente se inutilizaría un tramo de vía vacío. Esto era un éxito táctico. De esta teoría se desarrolló finalmente un hábito inconsciente de no comprometer al enemigo en ningún momento, hábito que se vió acompañado por la instancia numérica de no dar nunca al soldado del enemigo un blanco. Muchos

turcos que estaban en el frente árabe jamás tuvieron oportunidad de disparar un tiro y, por consiguiente, los árabes jamás estuvieron a la defensiva, excepto por rara casualidad. El colorario de una norma semejante fue una "inteligencia" perfecta: de manera que los planes pudieron llevarse a cabo con absoluta certeza. El agente principal debería ser la cabeza del General (de Feuquiere dijo esto primero) y su conocimiento debía ser sin faltas, no dejando lugar a riesgo alguno. El cuartel del ejército árabe probablemente se preocupó más por este servicio que ningún otro Estado Mayor.

La multitud en acción

El tercer factor parecía ser el psicológico, esa ciencia (Henofón lo llamó dialéctico) de la cual nuestra propaganda es parte mancillada e innoble. Se refiere a la multitud, a llevar al espíritu a un grado en que esté a punto para explotar en la acción. Se refiere a la capacidad de enardecimientos del hombre, sus complejidades y mutabilidades, y a cultivar lo que en la multitud pueda ser explotable. El comando del ejército árabe debía organizar las mentes de sus hombres en orden de batalla, con tanto cuidado y formalidad como otros oficiales organizar sus cuerpos; y no solamente las mentes de sus propios hombres, que era lo primero, sino las mentes del enemigo en la mayor medida posible, y en tercer lugar, la mente de la nación que lo apoyaba detrás de la línea de fuego, la mente de la nación hostil que esperaba el veredicto, y la de los neutrales que observaban el proceso.

El comando dependía principalmente de la ética de la guerra y de su proceso para la victoria en el frente árabe. La prensa es el arma más poderosa dentro del arsenal del comandante moderno, y los comandantes del ejército árabe, en su calidad de aficionados

del arte, iniciaron su guerra en el ambiente del siglo XX, considerando a sus armas sin prejuicios, sin hacer distinciones sociales de una u otra. El oficial regular tiene la tradición de 40 generaciones de soldados profesionales tras de sí y para él las viejas armas son las más honradas. El comandante árabe rara vez debía preocuparse por lo que hacían sus hombres, pero sí por lo que pensaban y para esto la dialéctica significaba más del 50 por ciento del comando. En Europa se abandonó hasta cierto punto y se confió a hombres que no pertenecían al Estado Mayor General. Pero el ejército árabe era tan débil físicamente que no podía permitir que el arma metafísica se herrumbrase por falta de uso. Había ganado una provincia cuando se les inculcó a los civiles que la ocupaban que debían morir por el ideal de la libertad: la presencia o ausencia del enemigo era cuestión secundaria.

Estos razonamientos demostraban que la idea de tomar por asalto a Medina, o de obligarla a rendirse por el hambre, estaba reñida con la estrategia más hábil. Era preferible permitir que el enemigo continuase en Medina, y en todo otro punto inofensivo, en el mayor número posible. Si el enemigo demostraba deseos demasiado prematuros de evacuar la ciudad, como medida para concentrarse en la pequeña zona donde su número pudiese dominar efectivamente, entonces el ejército árabe trataría de renovar la confianza, no en forma muy evidente, sino reduciendo en algo las empresas en su contra. Lo ideal era, por ejemplo, mantener el ferrocarril funcionando, pero de manera muy limitada, con el máximo de pérdida e inconvenientes para el enemigo.

El ejército turco era un accidente, no un blanco. Nuestro propósito real era buscar su punto más débil y dedicarnos solamente a ese punto hasta que el tiempo hiciese caer todo el resto. El

ejército árabe debe oponer la defensa pasiva más prolongada posible a los turcos (que es, materialmente, la forma de guerra más costosa) tratando de que expandan su propio frente al máximo. Tácticamente debe desarrollar un tipo de fuerza altamente móvil y equipada, lo más reducida posible y utilizarla sucesivamente en puestos distribuidos de la línea turca para que los turcos se vean obligados a reforzar los puestos ocupados por ellos más allá del mínimo económico de 20 hombres. La supremacía de esta fuerza no puede calcularse simplemente por su poder. La proporción entre número y zona determinaba el carácter de la guerra y habiendo quintuplicado la movilidad que poseían los turcos, los árabes podían hacerles frente con una quinta parte del número.

Primacía del alcance sobre la fuerza

El éxito era seguro y podía demostrarse por escrito, no bien se conocía la proporción entre espacio y número. La prueba no era física sino moral y, por lo tanto, las batallas eran un error. Todo lo que se podía ganar en una batalla eran los pertrechos abandonados por el enemigo. Napoleón decía que era raro encontrar generales que estuviesen dispuestos a luchar batallas. La maldición de esta guerra era que tan pocos podían hacer algo diferente. Napoleón se había expresado con furia contra la excesiva fineza del siglo XVIII cuando los hombres casi olvidaban que la guerra permitía cometer crímenes. El pensamiento militar se había basado en esa opinión desde hacía 100 años y era hora de retroceder un poco nuevamente. Las batallas se imponen a la parte que se siente más débil y son inevitables, ya sea por falta de terreno o por la necesidad de defender material más valioso que la vida de los soldados. Los árabes no tenían nada que perder materialmente, de manera que nada tenían que defender y contra nada iban a disparar. Sus

cartas de triunfo eran la velocidad y el tiempo, no el poder de ataque, y estas les daban un poder más estratégico que táctico. En la estrategia el alcance es más importante que la fuerza. El invento del perdulario había modificado más profundamente la guerra de tierra que el invento de la pólvora.

Las autoridades británicas no estaban de acuerdo con todos estos argumentos pero permitían que se probara su aplicación práctica. En consecuencia, las fuerzas árabes se dirigieron primero a Akaba y la tomaron fácilmente. Luego tomaron Tafiléh y el Mar Muerto; más tarde Azrak y Deraa y, finalmente, Damasco; todo en etapas sucesivas concienzudamente elaboradas sobre la base de esas teorías. El proceso era establecer líderes de tribus que debían proporcionar una ruta segura y cómoda desde las bases marítimas (Yenbo, Wejh o Akaba) hacia las bases avanzadas de operación. Estas estaban algunas veces a 300 millas de distancia, que era bastante en tierras sin ferrocarril o carreteras, pero que el ejército árabe acertaba mediante el cultivo asiduo del poder del desierto, el control de la desolada inmensidad que constituye todo el centro de Arabia ejercido con caravanas, desde la Meca hasta Bagdad.

El desierto y el mar

Por su carácter estas operaciones eran similares a la guerra naval, en cuanto a movilidad, ubicuidad, independencia de bases y comunicaciones, ignorancia de particularidades del terreno, zonas estratégicas, direcciones fijas, puntos fijos. "Aquel que comanda el mar tiene toda la libertad y puede tomar todo cuanto se le antoje de la guerra"; aquel que comanda el desierto es igualmente afortunado. Las caravanas similares a buques, podían atravesar sin riesgo la frontera del enemigo sin ser vistas desde sus puestos,

los que atacaban cuando lo consideraban oportuno o más ventajoso, contando siempre con refugios seguros en su retaguardia, entre elementos impenetrables para los turcos.

La discriminación sobre qué punto del organismo del enemigo debía desorganizarse se adquiría con la práctica. Las tácticas eran siempre atacar y huir; no una presión, sino un golpe. El ejército árabe nunca trató de mantener o mejorar una ventaja, sino seguir adelante y atacar otro punto. Utilizaba la menor fuerza con la mayor rapidez posible en el lugar más alejado. Continuar la acción hasta que el enemigo hubiese cambiado su disposición para resistir habría sido quebrar el espíritu de la norma fundamental de no proporcionarle blancos.

La velocidad y alcance necesarios se lograban gracias a la frugalidad de los hombres del desierto y su eficacia con los camellos. En el calor del verano los camellos árabes pueden recorrer 250 millas cómodamente entre un abrevadero y otro y esto significa tres días de marcha enérgica. Este recorrido era más que suficiente puesto que los pozos nunca estaban a más de 100 millas de distancia uno de otro. El equipo de los grupos de ataque se caracterizaba por su sencillez pero con cierta superioridad técnica con respecto a los turcos en el departamento crítico. Se obtenían de Egipto cantidades de ametralladoras livianas, no para ser usadas como tales, sino como rifles automáticos, como herramientas para tiradores certeros, por hombres que se mantenían deliberadamente ignorantes de su mecanismo para que la rapidez de la acción no se viese interrumpida por tentativas de reparaciones. Otra característica especial eran los altos explosivos y casi todos los participantes en la revuelta estaban capacitados, a fuerza de práctica, para tareas de demolición.

Carros blindados

En oportunidades las incursiones de las tribus se reforzaban con carros blindados, manejados por ingleses. Estos carros, una vez que encuentran una huella pueden mantenerse a la par de la caravana de camellos. Durante la marcha sobre Damasco, cuando estaban a casi 400 millas de su base, al principio se mantenían con un grupo de camellos cargados con tanques de gasolina y luego fueron abastecidos por aire. Los carros pueden intervenir en la acción bajo condiciones propias. Pero aunque cada uno tiene el principio de "tirar en movimiento", el empleo táctico de carros y caravanas es tan distinto que hace difícil su uso en operaciones conjuntas, y resultó desmoralizador utilizar juntas estos dos tipos de fuerzas.

La distribución de los grupos de incursión no obedecía a regla alguna. Era imposible mezclar o combinar tribus, puesto que se desconfiaban o no simpatizaban entre sí. Igualmente, los hombres de una tribu no podían utilizarse en el territorio de otra. Por consiguiente, debió quebrarse otro canon de estrategia ortodoxa, siguiendo el principio de la mayor distribución posible de la fuerza, a fin de poder contar con el mayor número de incursiones y a la celeridad se agregaba la fluidez, utilizando un distrito el lunes, otro el martes, un tercero el miércoles. Esto aumentó en mucho la movilidad natural del ejército árabe, proporcionándole ventajas valiosísimas para la persecución, puesto que la fuerza se renovaba con nuevos hombres en cada nuevo distrito de tribu, manteniendo así su energía prístina. En realidad el máximo desorden era el que mantenía el equilibrio.

Un ejército indisciplinado.

La economía interna de los grupos de incursión era igualmente curiosa. Los objetivos eran la máxima irregu-

laridad y articulación. La inteligencia enemiga se veía desbaratada por la diversidad. La organización regular de batallones y divisiones idénticos son los que dan base a la información hasta que se puede inferir la presencia de un cuerpo en cuerpos de tres compañías. Los árabes, nuevamente, servían un ideal común, sin emulación entre las tribus, de manera que no se podía esperar ningún espíritu de cuerpo. Los soldados se constituyen en casta mediante una paga elevada o una gran recompensa en dinero, uniforme o privilegios políticos, o, como en Inglaterra, al proscribirlos, separándolos del conjunto de sus conciudadanos. Muchos ejércitos se han constituido voluntariamente pero pocos han servido voluntariamente bajo condiciones tan apremiantes y en una guerra tan prolongada como la revuelta árabe. Todo árabe podía volverse a su casa en el momento en que la convicción lo abandonase. Su único contrato era el honor.

En consecuencia, el ejército árabe no tenía disciplina tal como se la interpreta en su sentido restrictivo, supresor de la individualidad, el denominador común más bajo de los hombres. En los ejércitos regulares en tiempos de paz significa el límite de energía de que es capaz todo el que está presente; es la obtención, no del promedio sino de un absoluto, un 100 por ciento de standard en el cual los 99 hombres más fuertes se rebajan al nivel de lo peor. El objetivo es que la unidad sea una unidad y el hombre un tipo, a fin de poder calcular su esfuerzo, su producción colectiva, tanto en la unidad como en el conjunto. Cuanto más estricta la disciplina tanto más baja la eficiencia individual y tanto más segura la operación. Es un sacrificio deliberado de capacidad para reducir el elemento incertidumbre, el factor bionómico, en una humanidad reclutada, y su acompañamiento es la guerra compuesta o social, esa

forma en la cual el combatiente debe ser el producto de la multiplicación de órdenes de una larga jerarquía, desde el taller a la unidad de suministro, que es lo que lo mantiene en el campo de batalla.

La guerra árabe, reaccionando contra esa teoría, era simple e individual. Todo recluta se desempeñaba en la línea de combate y actuaba por sí mismo. No habían líneas de comunicaciones o tropas de apoyo. Parecía que en esta guerra articulada la suma de cada hombre por sí solo sería igual, al menos, al producto de un sistema compuesto de igual fuerza y, ciertamente, la adaptación a las formas y la vida de la tribu era más fácil si los oficiales comandantes poseían cierta elasticidad y comprensión. Afortunadamente cada uno de los jóvenes ingleses que intervinieron en esta guerra tenía un cierto grado de excentricidad. Se utilizaron muy pocos oficiales ingleses, uno por cada 1.000 árabes, ya que una proporción mayor hubiese producido fricciones por el solo hecho de ser un organismo extraño (y esos pocos supieron ejercer el control mediante la influencia y el asesoramiento, por sus conocimientos superiores, y no por abuso o exceso de autoridad).

No obstante, la práctica era no utilizar en la línea de fuego los grandes números de que teóricamente se disponía con la adopción de un sistema "simple" y que se reservaban como relevos. De otra manera el ataque se hubiese extendido demasiado. Las guerrillas deben proceder con cierta liberalidad. En la guerra irregular, cuando dos hombres actúan juntos, hay uno que si no se está aprovechando. El escon con inclinaciones amistosas, no fuerza moral de la acción aislada hace que esta forma simple de guerra resulte muy difícil al soldado individual, y le despierta un entusiasmo, resistencia e iniciativa especiales. Lo ideal aquí era

que la acción fuese una serie de combates individuales, para que las filas constituyesen una alianza feliz de comandantes en jefe. El poder del ejército árabe dependía totalmente de la calidad y no de la cantidad. Sus miembros debían mantenerse siempre imperturbables, puesto que la excitación derivada del deseo de ver correr sangre desequilibraría el buen juicio, y la victoria dependía del uso exacto de la velocidad, el encubrimiento, la precisión del tiro. La guerra de guerrillas es mucho más intelectual que una carga de bayoneta.

La ciencia exacta de la guerra de guerrillas

Mediante la persistencia cuidadosa, estrictamente mantenida dentro de sus posibilidades, y siguiendo el espíritu de estas teorías, el ejército árabe pudo eventualmente reducir a los turcos a una situación desesperada y la victoria total parecía estar muy próxima cuando el General Allenby, mediante su formidable ataque contra Palestina, dejó a las principales fuerzas enemigas en absoluta confusión y puso fin a la guerra turca. El exceso de grandeza quitó a la revuelta árabe la oportunidad de seguir hasta el final los dictados de Saxe, de que una guerra puede ganarse sin batallas. Pero puede decirse al menos que sus líderes actuaron a la luz de ese principio durante casi dos años que no pueden borrarse. Es este un argumento pragmático del cual no es posible desentenderse totalmente. El experimento, aunque incompleto, reformó la creencia de que la guerra irregular podía lograr el éxito, dados ciertos factores que debían perseguirse de acuerdo con ciertos lineamientos. He aquí la tesis: la rebelión debe tener una base indestructible, no solamente desde el punto de vista del ataque, sino del temor que pueda despertar; una base semejante a la que tuvo la revuelta árabe

en los puertos del Mar Rojo, en el desierto y en las mentes de los hombres que la apoyaron. Debe contar con un enemigo extranjero aparente, bajo la forma de un ejército de ocupación disciplinado, demasiado reducido para poder mantener firmemente el terreno ocupado; demasiado pocos para poder equilibrar número con espacio a fin de dominar toda la zona desde puestos fortificados. Debe tener una población con inclinaciones amistosas, no en forma activa, pero que simpatice como para no traicionar confiando al enemigo los movimientos rebeldes. Las rebeliones pueden tener éxito con un 2 por ciento de actividad rebelde y un 98 por ciento de adhesión pasiva. Los pocos rebeldes activos deben tener rapidez, resistencia, ubicuidad, e independencia de vías de abastecimientos. Deben tener el equipo técnico para destruir o paralizar las comunicaciones organizadas del enemigo, puesto que la guerra irregular es la respuesta más acertada a la definición de la estrategia de Willisen: "el estudio de las comunicaciones" en su más alto grado, atacar donde el enemigo está ausente. En varias palabras: teniendo movilidad, seguridad (sin ofrecer blancos al enemigo), tiempo y doctrina (la idea de convertir a todo súbdito en amigo), la victoria será de los insurrectos, puesto que, finalmente, los factores algebraicos son decisivos y contra ellos luchan en vano la perfección de medios y de espíritu.

Segunda guerra mundial

Pocos pudieron prever el papel que desarrollarían en la segunda guerra mundial la guerra de guerrillas y las tácticas de guerrillas aplicadas a la guerra común. No obstante, las fuerzas irregulares, y las fuerzas regulares aplicando los métodos de las irregulares, obtuvieron éxito tras éxito en todos los teatros de guerra. La razón de esto reside en la presencia, en ma-

yor o en menor grado en la mayoría de los lugares, de la condición esencial para la conducta victoriosa de la guerra de guerrillas, es decir, un enemigo estratégicamente a la ofensiva pero a menudo obligado por las circunstancias a estar a la defensiva tácticamente. Las conquistas alemanas en Europa y las conquistas japonesas en el Sudeste de Asia fueron en muchos casos demasiado rápidas y en una escala demasiado amplia para posibilitar la absoluta ocupación y la imposición de la política adecuada en los territorios conquistados. En algunos lugares solo pudieron retenerse firmemente los puntos y líneas de comunicaciones claves mientras que las zonas adyacentes se dejaban al cuidado de patrullas aisladas o guarniciones con tropas locales de dudosa calidad. Mientras tanto, las tropas combatientes del enemigo se enviaban nuevamente al frente a desempeñar su parte en nuevos combates y nuevas conquistas.

Es así como estaba presente lo primordialmente esencial en la guerra de guerrillas, es decir, un campo potencial de operaciones y abundantes blancos constituidos por numerosas guarniciones, instalaciones y líneas de comunicaciones importantes. Los demás factores necesarios para la resistencia, es decir, una población predispuesta, refugios naturales y, sobre todo, fuentes de abastecimientos, internos o externos, se observaban en distintos grados en los diversos países interesados, y según las oportunidades que se ofrecían, las operaciones variaban desde actos aislados de sabotaje en algunos países hasta verdaderas campañas en otros.

Quizá haya habido también una razón más fundamental y profunda para que se recurriese a las guerrillas en esta guerra. Así como la primera guerra mundial fue esencialmente una guerra de posición, la segunda guerra mundial fue esencialmente una guerra de movimiento en tierra, mar y ai-

re. Siendo la característica principal de la guerrilla su movilidad, era natural que ocupase un lugar como arma al lado del aeroplano, del buque torpedero, el tanque liviano y el paracaidista.

En cierto modo puede decirse que los mismos alemanes dieron el ejemplo a los demás beligerantes en los métodos de la guerra irregular, que luego se volvieron en su contra con todo éxito. Las "quintas columnas" de los simpatizantes nazis o fascistas, armadas o adiestradas en tácticas de bandidos que en tantos países fueron en principio una creación germana y también los paracaidistas, que primeramente utilizaron los alemanes, tenían mucho de guerrilleros. Como tales confiaban en alto grado en la iniciativa y el arrojo, en la sorpresa y en su extrema movilidad; para abastecimientos dependían de lo que podían transportar consigo y de lo que podían apoderarse del enemigo. Si es que iban a sobrevivir, debían hacerlo a expensas del enemigo y del país donde actuaban.

Las operaciones en Africa

En los distintos países conquistados por Alemania, Italia y Japón, las circunstancias favorecieron en distintos grados a la guerra de guerrillas. Tal como ocurrió el primer país que cayó bajo el poder de los dictadores fascistas, Etiopía, fue el primero en ser liberado y durante la liberación los guerrilleros de Etiopía, felices de poder vengarse de sus opresores italianos, desempeñaron un rol bastante importante. En Libia los italianos también pagaron caro las atrocidades que habían cometido contra la población indígena. Es verdad que los árabes no participaron activamente en las hostilidades reales contra los italianos. Toda resistencia al dominio italiano en Libia había sido brutalmente aniquilada pero su odio contra el opresor era tal que, a pesar de las represalias sal-

vajes, estaban dispuestos a hacer todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a las tropas británicas que operaban detrás de las líneas italianas.

A quinientas millas detrás de las líneas del Eje, del lado meridional de la costa del Norte de Africa y dominando el pueblo de Bengasi, con su puerto y sistema de aeródromos, se encontraba Gabel Akhdar, una serie de colinas, en parte desierto y en parte tierra fértil. El terreno quebrado de estas colinas proporcionaba excelente refugio a las reducidas fuerzas aliadas que atacaban a los ejércitos del Eje en 1942. Más aún, Gebel estaba habitado por un sector de la tribu de Senussi, que odiaba fanáticamente a Italia y dispuesta a proporcionar guías, inteligencia local y ocasionalmente alimentos, a los británicos. Aparte de Gebel, casi todos los trechos del desierto (que geográficamente es mucho más variado de lo que generalmente se cree) ofrecían cierto refugio que podía complementarse con un hábil camuflaje, arte sumamente necesario bajo esas condiciones.

Tal era el teatro de operaciones de una de las campañas irregulares de mayor éxito de la segunda guerra mundial. No faltaban objetivos convenientes. Desde Bengasi hasta la frontera egipcia, las líneas de comunicaciones, los aeropuertos, los depósitos de gasolina y de municiones, las playas de estacionamiento de automotores y las instalaciones de todo tipo, deficientemente custodiadas, eran blancos tentadores para los pequeños grupos de guerrilleros bien equipados que operaban a pie o en jeeps especiales blindados. Los incursos atacaban de noche, ya fuese volando sus blancos con cargas de altos explosivos o abriéndoles fuego con armas automáticas y luego retirándose a cubierto, protegidos por la obscuridad, a refugios en el desierto vecino, desde donde podían volver a atacar nuevos blancos.

Guerrilleros yugoeslavos.

Pero la guerra de guerrillas constituyó, durante la segunda guerra mundial, uno de los hechos de armas más sorprendentes de los tiempos modernos en una región del mundo que durante largo tiempo fue, por tradición, escenario de este tipo de combate. Los campesinos guerreros de Yugoslavia, junto con otros pueblos balcanes, poseían magníficos antecedentes históricos de resistencia a los turcos y austriacos, antecedentes que se vieron coronados con la resistencia a la ocupación alemana durante la última guerra mundial.

Cuando los alemanes, seguidos de los italianos, invadieron y ocuparon Yugoslavia en la primavera de 1941, arrasaron con el ejército real y yugoeslavo que, aparte de ser reducido, estaba pésimamente equipado, mal conducido y, sin duda alguna, roído por la corrupción. Pero fue tan solo después de haber ocupado Yugoslavia y dividido este país en estados títeres cuando los alemanes e italianos comenzaron a experimentar la verdadera resistencia.

Los guerrilleros yugoeslavos, o ejército de liberación nacional como se lo llamó más tarde, dieron un ejemplo excepcional de los resultados que pueden lograrse con la guerra de guerrillas, en su expresión más acabada. Aparecieron en el verano de 1941. Al principio constituían pequeños grupos aislados de hombres y mujeres decididos, que se refugiaron en bosques y montañas casi sin armas ni abastecimientos. Dirigidos por Joseph Brozovich, conocido por Tito, un obrero metalúrgico croata, el movimiento se desarrolló rápidamente. Los guerrilleros contaban con las armas y abastecimientos que quitaban al Eje o que les daba la población local. Mediante atrevidos ataques a convoyes o puestos italianos o alemanes obtenían el material de guerra que les permitía au-

mentar constantemente la escala de sus operaciones. Y su número aumentaba con los éxitos. A medida que se conocían sus victorias, yugoeslavos de todo el país, de todas las edades y de todos los niveles sociales se unían a sus filas. A pesar de ser individuos de creencias y opiniones distintas, estaban unidos como nunca lo habían estado antes, convencidos de que el movimiento conducido por Tito era la mejor oportunidad para lograr la liberación del país, y todos demostraban un entusiasmo inquebrantable por la lucha tremenda en la que estaban empeñados para una Yugoslavia nueva y mejor que sería, en definitiva, su recompensa final.

A fines de 1943 se calculaba su número en cerca de 150.000. Esta fuerza, dividida en grupos de distinto poder, se distribuyó en toda Yugoslavia, en su mayoría en las zonas montañosas y forestales que abundan en el país. Cada grupo tenía su cuartel y este sus cuarteles subordinados, logrando así una administración y control operativo efectivos sobre la fuerza en todo su conjunto. Cuando era factible, las comunicaciones se efectuaban por radiotelefonía utilizando las líneas controladas por el Eje.

El sistema adoptado por estos guerrilleros era, por lo tanto, extraño. No había un frente fijo. Como luchaban con pequeñas armas y una cantidad limitada de municiones contra un enemigo bien armado, equipado y con buenos abastecimientos, apoyado por fuerzas blindadas, artillería y aviación suficientes, debían evitar a toda costa las batallas campales en las cuales hubiesen sido inevitablemente derrotados por el número. Para tener éxito era necesario que ellos retuviesen la iniciativa sin permitir que pasase a manos del opositor. Su objetivo era atacar al enemigo en el blanco más codiciado, donde estuviese más débil y sobre todo, donde menos lo esperase. Era

igualmente importante que una vez cumplido su cometido desapareciesen de inmediato en las colinas y bosques donde era imposible persguirlos. Esto exigía un alto grado de movilidad. El elemento humano, tanto como el material, eran preciosos. Todo encuentro en el cual el enemigo no hubiese sufrido bajas en una proporción de cinco a uno con respecto a las propias era considerado un fracaso. Debían evitar a toda costa el ofrecer un blanco al enemigo. A medida que aumentaba su número y la escala de sus operaciones, la ofensiva se hacía más difícil. Debían resistir la tentación de continuar la acción para consolidar sus victorias. Todo éxito debía considerarse temporario. Los pueblos y aldeas capturados con ataques repentinos debían ser abandonados nuevamente cuando las fuerzas del Eje contraatacaban, puesto que hubiese sido un error fatal convertirse en una guarnición sitiada, situación que, ocasionalmente, resultó trágica experiencia para algunos comandantes individuales.

El rol desempeñado por la población civil, en cuanto a diferenciación de combatientes y no combatientes, tuvo una influencia sumamente importante sobre la lucha en general. Los guerrilleros confiaban plenamente en ella para abastecimientos, refugio e información. En toda guerra de guerrillas la actitud de la población civil es de importancia vital. Los guerrilleros habían organizado en todo el país una administración velada que aparecía en las zonas que ocupaban temporariamente y se encargaba de los asuntos civiles, pero que también llevaba una existencia subterránea precaria en los pueblos y aldeas ocupados por el Eje.

El pueblo sufrió atrozmente por el apoyo prestado a los guerrilleros. Además del hambre y la necesidad, que arrasaban al país, los alemanes, italianos, búlgaros y los diversos gobier-

nos locales, adoptaban represalias salvajes contra los colaboracionistas en venganza por el daño ocasionado por los guerrilleros. Millares de rehenes, mujeres, hombres y niños fueron sacrificados y millares de aldeas fueron saqueadas e incendiadas. En una guerra total de este tipo, que no daba cuartel, todos estaban en la línea de fuego y todo patriota debía correr el mismo riesgo que el combatiente. Y la verdad es que los invasores destruyeron con su propia barbarie su mismo objetivo, pues fue tal el odio y la amargura que engendraron que la intensidad de la resistencia nacional se vió duplicada.

Así los alemanes y los italianos reconocieron mucho antes que los aliados que los guerrilleros constituían un factor militar de importancia primordial contra el cual, en muchos aspectos, el ejército moderno resultaba inoperante. Durante el transcurso de tres años el Eje lanzó no menos de siete ofensivas en gran escala contra los guerrilleros, utilizando más de diez divisiones con fuerza de apoyo. En una o dos ocasiones casi lograron aniquilar fuerzas numerosas de guerrilleros. La aviación del Eje, contra la cual éstas carecían de protección, resultó importante para descubrir sus posiciones y reducirlas mientras llegaban a las mismas fuerzas de tierra dispuestas a terminar con ellas. Pero siempre lograban escabullirse y reaparecer en otra parte, atacando al Eje donde menos lo sospechaba. Más aún, en cada una de estas ofensivas, los grandes movimientos de tropas requeridos exponían a los invasores más que nunca a los ataques y emboscadas de los rebeldes. Así pues estas ofensivas fracasaron y los guerrilleros, a pesar de la fatiga, el hambre y el equipo precario, continuaron perseverantes la resistencia.

Las misiones de abastecimiento cumplidas por la Real Fuerza Aérea y la

Fuerza Aérea de los Estados Unidos escapan a todo elogio. En invierno las condiciones de vuelo sobre las montañas dálmatas eran desastrosas y, no obstante ello, noche tras noche los pilotos, luchando contra la furia de los elementos, sabían encontrar el camino que llevaba a las antorchas encendidas en remotas colinas.

Más tarde la aviación aliada pudo utilizar las pistas de aterrizaje improvisadas, en las propias narices del Eje, y, además de proveer abastecimientos, evacuaba millares de guerrilleros enfermos y heridos que de haber caído en manos alemanas hubiesen sido irremediablemente masacrados. Esto devolvió la movilidad a los guerrilleros y los ayudó a escapar de más de una situación peligrosa. En el problema de los heridos, problema inevitable y desgraciado en la guerra de guerrillas, los funcionarios de sanidad de distintas partes del país realizaron una magnífica tarea improvisando hospitales, distribuyendo medicamentos y practicando la cirugía en los bosques, graneros y corrales. La última fase de la guerra de Yugoslavia fue un ejemplo muy ilustrativo de la potencialidad que surge de la cooperación entre las guerrillas y la fuerza aérea moderna. En la primavera de 1944 los alemanes lanzaron su séptima ofensiva en gran escala contra los guerrilleros, que culminó con un ataque de pardacaidistas contra los cuarteles de Tito. Pero, igual que las seis ofensivas anteriores, ésta tampoco logró su objetivo. Tal como lo habían hecho ininidad de veces, al verse atacados los guerrilleros se retiraban al interior de las montañas, privando al Eje de un blanco fijo para destruir y contraatacando al mismo tiempo donde el Eje menos lo esperaba y donde estaba más débil. En esta ocasión los guerrilleros contaron con el apoyo aéreo aliado tan preciado por ellos. El fracaso de la séptima ofen-

siva fue el principio del fin de los alemanes, especialmente cuando empezaba a sentirse en los Balcanes el efecto de los desembarcos en Normandía.

Los gurrilleros yugoeslavos tuvieron su contraparte en los demás países ocupados de toda Europa, pero en ninguno existió una combinación tan perfecta de ventajas geográficas y estratégicas, apoyo aliado efectivo, cualidades inhatas de guerreros y una conducción brillante que permitiese una resistencia en igual escala. En los demás países balcánicos la resistencia se vió minada por la falta de unidad y determinación. En Francia e Italia se convirtió en factor militar de primera importancia únicamente después del desembarco de los aliados. En la mayoría de los países europeos las circunstancias la limitaron a actos aislados de sabotaje o actividades terroristas, a pesar que en la Unión Soviética operaban grandes bandos de guerrilleros detrás de las líneas alemanas y, en Polonia, la batalla de Varsovia, de tan trágico fin, fue uno de los episodios gloriosos de la guerra de guerrillas.

Las Filipinas. Las actividades poco conocidas de las organizaciones de guerrilleros de las Islas Filipinas para mantener la moral del país obteniendo inteligencia valiosa y combatiendo físicamente a los japoneses, fueron de gran importancia en la segunda guerra mundial. A pesar que ocasionalmente se publicaba algo sobre estas actividades, razones de seguridad de tiempo de guerra, no permitieron dar a publicidad esta fase interesante del conflicto mundial. Mucho antes de la guerra, oficiales del Ejército estadounidense habían expresado sus serias dudas con respecto al grado de defensa que podría oponer las filipinas en caso de ataque. Durante las primeras etapas de una guerra el abastecimiento desde los Estados Unidos sería un abtáculo insuperable pa-

ra una defensa efectiva y ya se consideraba que la acción de los guerrilleros podía ser muy importante, tanto para demorar la conquista inicial del invasor como para colaborar cuando se pudiese organizar la fuerza de liberación.

El General Douglas MacArthur, Comandante de los Estados Unidos en las Islas, había pasado muchos años en este lugar y había formulado planes años antes de que estallara la guerra. Los filipinos tomaron como cosa natural la guerra de guerrillas porque en su mayoría estaban determinados a luchar contra los japoneses bajo toda forma. La actividad guerrillera iba del ataque individual contra un japonés hasta choques que involucraban centenares de combatientes.

No obstante, la organización de las guerrillas no se dejó librada al azar. Antes de abandonar Bataán, el General MacArthur despachó pequeños grupos de oficiales —muchos de ellos íntimamente familiarizados con las Islas— para que se dispersasen, eludiesen a los japoneses y organizaran bandos de guerrilleros. Cada grupo, cuyo número máximo era de quince hombres, incluía especialistas en ingeniería, comunicaciones u otras ramas técnicas. A pesar de que estas unidades se organizaban con gran rapidez, sabían que su misión principal era obtener y enviar inteligencia. Su misión secundaria era impedir dentro de lo posible el control japonés en el país y prepararse a ofrecer una activa cooperación contra los japoneses cuando la nueva invasión —planeada ya desde ese entonces— se produjese.

Los oficiales asignados a tarea de guerrilla se escaparon desde Bataán, a través de la bahía de Manila, poco antes de su captura y junto con otros que habían sido asignados al principio de la campaña, se ocultaron en el este y noroeste de Luzón. Allí permanecieron en grupos durante un tiempo, pe-

ro a medida que los japoneses consolidaban su conquista y destacaban guarniciones en los pueblos y aldeas, los norteamericanos se vieron obligados a separarse para mayor seguridad. Al principio, a falta de buenos contactos locales el problema más grave era eludir a los japoneses. Pero como los oficiales disponibles eran pocos, se les debía utilizar al máximo a fin de ampliar los bandos de guerrilleros.

Luego de organizar los grupos en todas las islas, las comunicaciones se convirtieron en uno de los principales problemas. El único equipo de radio de que prácticamente disponían eran pequeños equipos receptores en las casas de los nativos. Escaseaban los tubos de repuesto y las baterías. Los guerrilleros trataban de reparar o robar baterías que cargaban con generadores fabricados a fuerza de ingenio. El combustible para el funcionamiento de los generadores y de los vehículos se obtenía mediante la destilación de alcohol de tuba, jugo fermentado de la palmera. Con estos equipos rudimentarios todo lo que se recibía era una cantidad reducida de noticias desde el exterior. Pero hasta esto resultaba valioso para mantener el espíritu y tener una fuente de propaganda. El mantenimiento y la reparación de estos equipos fue un milagro de la improvisación.

Se confiaba en mensajeros para las comunicaciones entre unidades, a pesar de que en algunas de las islas funcionaban líneas telegráficas construidas con alambres de cercas y utilizando botellas como aisladores. Dada su ubicación central y como era la principal fuente de información japonesa, Manila se convirtió, lógicamente, en el centro de los mensajes. El mensaje traído por representantes de distintos bandos pasaba de boca en boca hasta que eventualmente llegaba a los otros grupos, a menudo meses más tarde.

Hubieron muchos falsos rumores. Como la mayoría de los nativos esperaban que se iniciase de inmediato la campaña de liberación, se producían distintas demostraciones contra los japoneses. Luego, cuando no aparecían las tropas norteamericanas, se ponían las armas de lado y todos retornaban a sus tareas habituales. La sospecha de todo extranjero era un factor que dificultaba la comunicación. Era peligroso ser del exterior y muchos perdieron la vida por el solo hecho de considerárseles sospechosos. A pesar que esto era ventajoso para que la información circulase, hasta cierto punto era un arma de doble filo; hubieron pocos ejemplos en los que los japoneses pudieron enterarse con certeza de los planes o las disposiciones de los guerrilleros.

El esfuerzo principal en 1942 se dedicó a perfeccionar la organización, obtener información sobre las intenciones y las tropas japonesas y proyectar las acciones futuras. Se registraron pocas operaciones de combate, algunas para poner a prueba las tácticas de las guerrillas y algunas para adiestramiento, otras fundadas en falsos rumores de invasión liberadora.

A fines de 1942 se estableció el primer contacto por radio entre los cuarteles de los guerrilleros y el del General MacArthur en Australia, quien destacó la importancia fundamental de la inteligencia y de la terminación de la red de comunicaciones. Poco después comenzaron las tareas de abastecimiento con submarinos, primero a la isla Negros, luego a Mindanao y a otras islas meridionales. Disponiendo de equipo de radio las comunicaciones mejoraron sensiblemente y fue posible por primera vez la acción verdaderamente coordinada, sin un planeamiento previo de largo alcance. No tan importantes, pero sí muy útiles fueron los envíos de medicamentos, explosi-

vos, armas, municiones y ropa.

La información se corría hacia el sur no bien los bandos del norte habían establecido contacto con MacArthur. Comenzó a solicitarse información detallada y suministros vitales con instrucciones de cómo y dónde entregarlos. La propaganda era muy buscada. Artículos como cajas de fósforos y barras de chocolate con la inscripción "Volveré - MacArthur", eran muy populares y solicitados en todas las islas. Para la primavera de 1943 el número y efectividad de las guerrillas había aumentado en tal grado que MacArthur consideró necesario contenerlas. No quería provocar a los japoneses para que se esforzasen en destruir las unidades.

Finalmente, para abril de 1944, el contacto submarino undía a todas las islas mayores y después de esa fecha todos los principales elementos guerrilleros contaban con comunicaciones regulares con los Cuarteles Generales. Mucho antes de que se iniciase la nueva invasión, se efectuaron planes y coordinó la acción, aunque para mantener desorientados a los japoneses no se mencionaron fechas o lugares hasta poco antes de iniciarla.

Durante las primeras fases de las operaciones de desembarco, los guerrilleros se limitaron a obtener inteligencia e identificar los "lugares" que serían los blancos que atacarían los norteamericanos. Las tropas de combate se mantenían alertas hasta que MacArthur impartiese la orden definitiva.

A pesar de que los esfuerzos de combate de los guerrilleros filipinos no fueron considerables, su contribución más significativa para la causa de la liberación fue la inteligencia militar. Esto ayudó grandemente a MacArthur, tanto para los planes y desarrollo de la invasión como en las etapas anteriores. Identificaban unidades de sol-

dados japoneses en la ruta, ya fuese desde o hacia otros teatros, y enviaban esa información a MacArthur en Australia.

Con su resistencia a los japoneses y su valiosa cooperación con las fuerzas de los Estados Unidos para la liberación de su país, los ciudadanos filipinos justificaron plenamente la confianza que se les había dispensado. La acción de los guerrilleros durante la ocupación japonesa aumentó el orgullo de sus habitantes como raza y como nación.

CONCLUSIONES

¿Qué lección puede sacarse de la guerra de guerrillas observada durante la segunda guerra mundial? En primer lugar, se confirmó el principio sostenido desde la época clásica sobre la guerra de guerrillas. Las guerrillas debían continuar siendo móviles y evasivas a fin de poder atacar al enemigo en su punto más débil y donde menos lo esperase, privándolo al mismo tiempo de todo blanco que éste pudiese contraatacar. Por más grandes que fuesen los ejércitos regulares y por más complicado que fuese su equipo, las guerrillas debían estar constituidas por pequeños bandos con armamentos o equipos livianos que permitiesen su movilidad. En la segunda guerra mundial especialmente, las guerrillas no podían arriesgarse a una batalla campal; debían mantener siempre la iniciativa sin verse obligadas a estar a la defensiva, puesto que era imposible que unos pocos soldados con escasos armamentos pudiesen contra tanques, artillería y aviación. Por esa misma razón, también era más importante que nunca el elemento sorpresa y la necesidad de una inteligencia efectiva. Si las guerrillas iban a destruir las fuerzas blindadas, artillería y aviación mejores, era esencial que atacasen an-

tes de que fuesen atacadas. El inteligente niño yugoeslavo de 12 años que destruyó un tanque alemán Tiger con toda su tripulación dejando caer con toda modestia una granada de mano por la torre abierta del tanque, no hubiese tenido ningún éxito en cualquier otro tipo de encuentro con el mismo vehículo.

Por otra parte, la mera vulnerabilidad de las armas, equipos e instalaciones militares modernos al sabotaje y al ataque sorpresivo multiplicó los blancos de las guerrillas y aumentó su importancia en el rol de la guerra moderna. Se hizo importante más que nunca la selección de los blancos. El ataque en el momento preciso, por parte de guerrilleros y otras fuerzas irregulares, contra blancos bien seleccionados, donde se destruían eslabones vitales de la cadena estratégica, o que derivaban o contenían fuerzas esenciales, desbarataba todo el plan de una campaña.

La economía de los recursos era de importancia primordial. Las guerrillas no podían contentarse con aquello de ojo por ojo y diente por diente. Debían lograr el máximo de resultado con el mínimo de desgaste humano y demás material. Su tipo de guerra era la que Lawrence de Arabia calificó de "guerra de separación". (war of detachment).

El factor geográfico era igualmente importante. Las guerrillas necesitaban un terreno propicio para sus operaciones. La década 1940-1950 dió una variedad de ejemplos de esos terrenos. Los desiertos occidentales, las regiones montañosas y los montes de Etiopía, la selva de Birmania, las colinas de Filipinas, las montañas y bosques de los Balcanes, las grandes planicies rusas, las colinas y valles de Palestina, todos ellos cobijaron irregulares de uno u otro tipo. Hasta la vivienda colectiva y las calles laterales de las grandes

ciudades fueron terreno útil para las operaciones de los guerrilleros. Más aún en la segunda guerra mundial, el frente cambiante de una guerra de movimiento aumentó considerablemente las oportunidades para la infiltración y se llegó al punto que unidades y formaciones regulares se encontraron en ocasiones operando detrás de las líneas enemigas, con gran sorpresa de ambos bandos. Tampoco disminuyó jamás la importancia del rol desempeñado por los civiles en la guerra de guerrillas.

¿Qué nuevos elementos se introdujeron en la guerra de guerrillas desde que Lawrence las equipara primitivamente con ametralladoras y altos explosivos modernos? Ambas armas se han perfeccionado y desarrollado desde ese entonces y se han hecho indispensables para los guerrilleros más modernos, pero las dos innovaciones que revolucionaron este tipo de guerra moderna, la aviación y la radio-telefonía, aún estaban en sus albores en la primera guerra mundial, a pesar de que Lawrence previó el uso que se les podía dar y que podía resultar arma de doble filo. Ambas podían utilizarse en favor o en contra de las guerrillas y fue motivo de discusión en qué rol eran más efectivas. La aviación podía utilizarse ciertamente con el efecto mortífero contra los guerrilleros localizando sus guaridas y destruyéndolas, guaridas que de otra manera eran inaccesibles. En verdad, en muchos aspectos constituía el arma más efectiva en su contra. También podían ser muy efectivos los agentes bien ubicados equipados con transmisores de radio.

Pero en general la introducción de estas conveniencias modernas no fue perjudicial para las guerrillas. El pequeño transmisor y receptor portátil de radio le proporciona el medio ideal de comunicación con sus camaradas y con sus fuerzas o aliados principales,

y con su base o fuente de abastecimientos, de todo lo que antes se había visto privado, salvo mediante mensajes ocasionales transmitidos con comunicaciones precarias. Las posibilidades que se ofrecían ahora para concertar y coordinar las operaciones entre fuerzas regulares e irregulares eran evidentemente inauditas. Finalmente, la aviación podría ser de gran valor para los irregulares de todos los tipos, tanto como fuente de suministros y refuerzos como vehículo para apoyo táctico y estratégico de las operaciones de los guerrilleros. El ejemplo más ilustrativo de esto fue el apoyo dado por los aliados a los guerrilleros yugoeslavos.

Después de la II Guerra Mundial

Durante los años que siguieron a la segunda guerra mundial, Grecia, Irán, Malasia, China y las Filipinas fueron, en distintas épocas, centros de conflictos donde las fuerzas guerrilleras se opusieron a las fuerzas militares locales. Abrazando una causa que evidentemente había sido inspirada, apoyada y difundida por elementos externos, estos guerrilleros atacaron y minaron la fuerza de la autoridad militar regular, sin comprometer a las fuerzas armadas regulares de los instigadores del exterior.

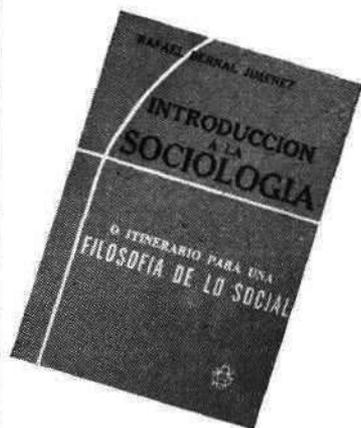
Corea

En el conflicto desencadenado en la península de Corea a principios de junio de 1950, grupos de guerrilleros y unidades regulares adiestradas en la técnica de guerrillas demostraron lo efectivas que podían ser las actividades irregulares contra las fuerzas regulares equipadas con las máquinas y armamentos más modernos. En Corea, las fuerzas comunistas de guerrilleros se expandían rápidamente formando fuerzas militares regulares en el momento oportuno. Pero, no obstante,

casi sin preaviso y dependiendo de las exigencias de la conveniencia militar, esas mismas fuerzas retornaban a su existencia de guerrilleros, dispersándose y manteniéndose subterráneas. La repentina "desaparición" del ejército de Corea del Norte, luego de los desembarcos de las fuerzas de las Naciones Unidas en Inchón, en septiembre

de 1950, fue un ejemplo patente de esa capacidad de decepción. Aún más insidiosa y acosadora para las fuerzas combatientes regulares fue la forma en que las guerrillas de Corea del Norte se mezclaban en los grupos de refugiados con lo que lograban internarse con relativa facilidad en las áreas de retaguardia.

Señores Oficiales de las Fuerzas Militares



LA ESCUELA SUPERIOR DE GUERRA

LES ENVIA EL LIBRO:

"INTRODUCCION A LA SOCIOLOGIA"

DEL CUAL ES AUTOR EL
DR. RAFAEL BERNAL JIMENEZ

HAGA SU PEDIDO HOY MISMO AL APARTADO AEREO 4403 - BOGOTA, D. E.
PRECIO DEL EJEMPLAR PARA PERSONAL MILITAR \$ 20.00 EN LA CAPITAL